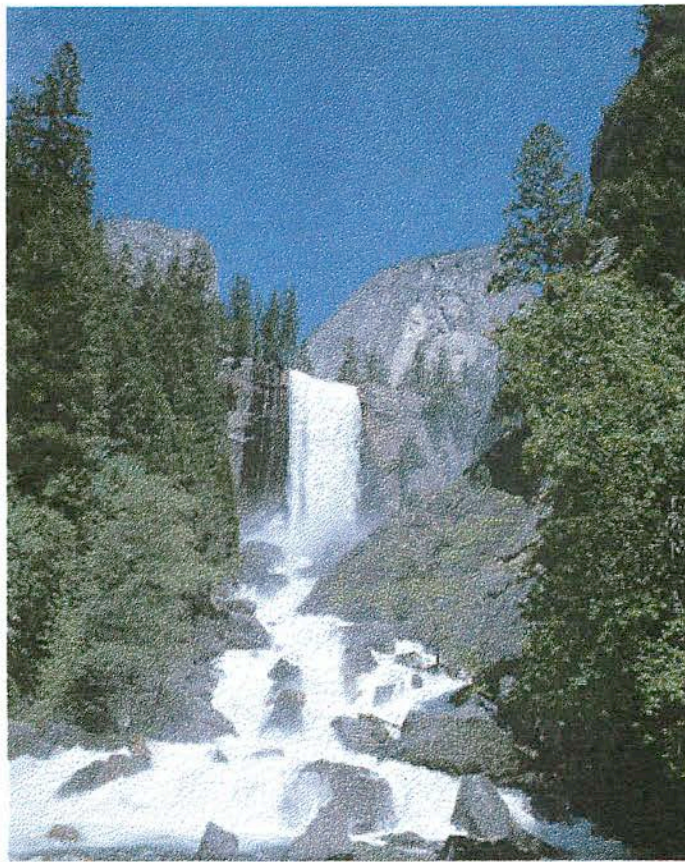

Dayán Páez

DESDE EL BALCÓN



DE MIS RECUERDOS

Dra. Alma Flor Ada,

Quisiera agradecerle nuevamente por la
inspiración que fue raíz a este libro.

Gracias por su apoyo infinito y por su aporte
a la enseñanza del Español.

Dayan Paez

6/2000.

*Quisiera agradecer a Dios,
primero que todo;*

A mi madre por su apoyo constante.

A mi padre por sus recuerdos.

*A mis hermanas por llevarme por
el camino seguro todos los días.*

A mis abuelos por ser tan amables.

*A mis primos porque fueron motivo de muchas
alegrías verdaderamente inolvidables.*

*Y a todos aquellos amigos
que fueron como familia.*

*Gracias a todos por ser la inspiración
de este libro y poemario.*

ÍNDICE

Capítulo 1: Primeros años.....	1
Capítulo 2: La escuela.....	4
Capítulo 3: Los sábados.....	7
Capítulo 4: Días de júbilo.....	10
Capítulo 5: La despedida.....	12
Capítulo 6: La venida y el encuentro.....	17
Capítulo 7: En los Estados Unidos.....	20

1.

PRIMEROS AÑOS

Sin duda alguna, la familia es lo más importante en la vida de cualquier ser humano. Para algunos, esa familia son aquellos amigos que siempre estuvieron presentes cuando más falta les hicieron. Para otros, esa familia es putativa, pues fueron adoptados. Para aquellos con menos suerte, esa familia no existe. Pero para mí, mis parientes han sido la energía y la razón por la cual hoy soy quien soy.

Nací en La Ciudad de la Habana, Cuba, en un pueblo llamado Regla que, aunque pequeño, se hacía notar por su excelencia espiritual y su entusiasmo físico. Tengo dos hermanas mayores, a quienes agradezco el guiarme en mis primeros años de vida. Tengo también la dicha de un padre y una madre que, ya sea porque fui el menor de los tres, porque fui el único hijo varón, o simplemente porque fui fruto de su amor, nunca dejaron de darme su atención y cariño.

Mi papá (junto a unos compañeros de trabajo) construyeron la casa en que viví los primeros diez años de mi vida. Ésta se edificó en los altos de la de mis abuelos, y al pasar el tiempo aprendí que era de nosotros también. Al entrar, hay un pasillo largo en el cual solía jugar todo tipo de juego, ya fuera juego serio, o el infantil correr con el fin de perseguir la luz que brillaba en las lozas. Al doblar a la izquierda estaba la sala que daba al balcón de la casa, donde se podía ver la mitad del vecindario y por las noches un cielo estrellado cuya belleza eliminaba todos los complejos del día. La sala tenía ventanas de cristal que se abrían pocas veces pues con el viento temíamos que se batieran de atrás para adelante con tanta fuerza que acabaran por romperse. Nuestro televisor a color en el cual sólo se veían dos canales desde las 6:30 de la tarde hasta las 12:00 de la media noche quedaba frente por frente a la puerta del balcón, posición que mi papá aprovechaba para ver sus juegos de pelotas: se sentaba afuera de manera que la televisión estaba a una distancia precisa y podía disfrutar, al mismo tiempo, del aire puro de la noche.

Antes de entrar al cuarto asignado para mí, el cual no medía más de dos por un metro y medio, había una repisa llena de adornos de barro y de sudor cubano. Hoy por hoy, me pregunto como es que todos estos tesoros nunca se quebraron, aún con mi presencia y mi constante brincoteo por la casa. La puerta no era de madera, sino de unos cartones gruesos que cubrían más pliegos finitos pegados juntos; el grosor no era más de cinco centímetros. En ese cuarto pasaron unas de mis mejores vivencias. Por las noches brillaba la luna en mi cara, y me despedía hasta un nuevo amanecer en el que su herma-

no mayor, el sol, haría lo mismo en mis cachetes. A pesar de su tamaño, ese cuarto siempre fue el más grande de todas las habitaciones en que he vivido.

La pared derecha a la entrada de mi cuarto era a su vez la izquierda del de mis padres, escogido así para poder estar pendientes de cualquier enfermedad que me atacara durante la noche. En ese cuarto, mucho más grande que el mío, dormí junto a mi madre durante los tres años en que viví en la ausencia de mi papá. Me acuerdo de una cómoda que quedaba a la derecha con su espejo luna. La cama de mis padres siempre fue mi predilecta por su tamaño, y en mis momentos de aburrimiento, me acostaba ahí, bajo el ventilador, leyendo, o sólo estirando todo mi cuerpo, disfrutando así de la fría temperatura en la que siempre estaban aquel colchón y aquellas sábanas.

Más adentro por el pasillo se encontraba el baño, el cual no era más grande ni más pequeño que los normales. Al final estaba la cocina. Había antes de que yo naciera, una mesa cuadrada en la que se sentaban los cuatro: mi mamá, mi papá, y mis dos hermanas. Cuando yo llegué a la familia, consiguieron una mesita con su silla sólo para mí. Luego, trajeron una mesa más grande y circular en la que cabíamos todos. La cocina como tal no era más que dos hornillitas de gas, y un fregadero de lozas. En lo alto (o por lo menos alto para mí) había un estante con los condimentos. Además, había otra puerta que daba a un segundo balcón. Éste, aunque más ancho, era más corto que el otro, el cual medía unos cinco metros. En esa pequeña habitación había otro fregadero donde se lavaba la ropa muchas veces, un tanque de agua y una lavadora (sin secadora), la cual era un dolor de cabeza usar, pero se intentaba. La ropa se lavaba allí y se tendía en el otro balcón, costumbre que muchos cubanos aún guardan.

Pero de todos, el cuarto más lujoso era el de mis hermanas. Había a la izquierda una cómoda, con sus dos espejos. Las camas, del mismo tamaño, fueron hechas a mano por mi papá. Muchas veces, en vez de dormir en mi cuarto o en el cuarto de mi mamá, juntábamos las dos camas de mis hermanas y así dormíamos los tres juntos en una inmensa. Había al extremo derecho un escaparate que llegaba hasta el techo a unos tres metros de altura. Tenía cuatro divisiones de las cuales dos pertenecían a las niñas y las otras dos, más pequeñas, se usaban para guardar aquello que usábamos raramente: las trusas para bañarnos en la playa, las frazadas para cubrirnos durante el corto invierno, etc. Había en el centro de la pared opuesta a la entrada, una ventana de madera, como la que había en el cuarto de mi mamá. El cuarto como tal quedaba antes de la cocina y después del baño, por lo que se convirtió en la razón por la cual una noche me llené de pánico y lloré.

Resulta que, cuando dormía en el cuarto con mis hermanas, me entraron ganas de ir al baño. Al principio, opté por ignorar la sensación, pero luego no tuve mas opción que saciar la necesidad para obtener así un sueño tranquilo. Todo estaba oscuro, tan oscuro que no podía ver mis manos, menos que menos el suelo en el que caminaba. Cuando eso ocurrió contaba con tan sólo cuatro o cinco años de edad, y mi estatura no era suficiente para encender la luz. Me bajé de la cama y, acostumbrado a mi cuarto, corrí hacia la izquierda donde debería estar la puerta; cada momento se hacía más largo en lo que las ganas

se hacían mayores. Estaba equivocado, pues la puerta del cuarto estaba en el otro extremo de la habitación y al no encontrar solución, comencé a aterrorizarme y el pánico entró en mí. Las ganas eran mayores. La frustración crecía, y la oscuridad empeoraba la situación. Era imposible decir si tenía los ojos abiertos o cerrados. Comencé a darle golpes a la pared, como un ciego desesperado, tratando de buscar el pomo de la puerta. Todo era en vano. Y como un bebé perdido, comencé a llorar... porque casi me orinaba.

Esa noche, como hubiera de pasar en muchas otras, mi hermana me rescató.

Mi madre dio a luz a dos niñas y a un niño. Irónicamente, mi tía por parte de madre dio a luz a dos niños y a una niña. Aún más impresionante, los seis somos contemporáneos: la mayor de mis hermanas con el mayor de los hijos de mi tía, mi hermana menor con el del medio, e Ivet y yo. Por esa razón, y como es de suponer, entre nosotros siempre nos peleábamos, ya fuera el conflicto los zapatos nuevos, las reglas de un juego, o simplemente quién tenía la razón. Pero nuestras peleas y escándalos son otras historias.

La verdad es que mi prima Ivet es muy inteligente y a la vez muy extrovertida. Nació tres meses antes que yo en septiembre del año 1985. Cuando cumplió sus seis años y era hora de ir a la escuela, mi madre, por temor de ponerme en la misma aula en la que estaba mi prima, me mantuvo un año en preescolar. Me acuerdo de muchas anécdotas que sucedieron allí, de las cuales una les diré.

Un día, durante el receso, jugaba con unos de mis amigos corriéndole atrás. El suelo del patio era de piedras y entre los aparatos de jugar (la canal, el columpio, y otros) había quicios de hasta quince centímetros de altura. Entonces sucedió lo inesperado. En uno de esos juegos al saltar el quicio medi mal la altura y me caí; la punta de una piedra me dio precisamente bajo el ojo izquierdo.

En ese momento no supe lo que iba a hacer. Tanto fue aquella sorpresa que ni lloré. Tan sólo miraba hacia arriba, el cerco de los compañeros y la maestra alrededor de mí, ni me interesaba. Me sacaron urgentemente para llevarme al hospital que quedaba a menos de un kilómetro de distancia. Llevaba la cara llena de sangre.

Aproximadamente una hora después (o por lo menos lo que fue para mí una hora), me sacaron del cuarto de emergencia con una mariposita, es decir, un punto con una curita en forma de cruz, donde yacía la huella del accidente. Casi ni podía abrir completamente el ojo, pues al estirar la piel se estiraba también la curita. En ese momento vi a mi papá, sofocado, pero seguro de sí. Nunca se preocupó, sino, como dice él, se ocupó.

* * *

Como parte del plan de estudios de primer grado, los estudiantes aprenden a leer y a escribir. Pero yo estaba en preescolar, en lo que mi prima

estaba en primero. Muchas de las tantas peleas en las que estuvimos comenzaban cuando al pasar por el callejón perpendicular a la casa, Ivet prácticamente se burlaba de mí por no saber leer mientras ella leía lo que decía en las pancartas, en el aviso de la bodega, o en el horario de la carnicería. Si hubo algo que odiaba más en esos momentos, era aquel hecho, que mi prima se me adelantaba; y pronto tendría razón para ganar cualquier otra disputa.

No sé verdaderamente si fue por esta razón o por propio instinto, pero pronto empecé a escuchar la pronunciación de la gente cuando hablaba, y a prestar mucha atención a lo que mi prima leía. Pronto empecé a interrogar a mis padres para poder sacar de ellos alguna información. El fruto de tanto trabajo se dio a ver un día, cuando mi papá me llevaba a la escuela. Un día como cualquier otro. O por lo menos así comenzó:

"Papi, ¿la f con la a suena fa?", le pregunté. Sorprendido, me aseguró que sí. Yo entonces le pregunté: ¿y con la e, suena fe? Una vez más me respondió que sí. En tan sólo minutos le había dicho, más que preguntado, la pronunciación de muchas de las consonantes, sin orden, con todas las vocales. La cara de asombro en mi papá era increíble, y al final del día fui yo el sometido a una interrogación. Mi madre, queriendo quizás ver cuanto había aprendido me preguntó sobre la pronunciación de la c con la a. Luego, la pronunciación de la c con la e. A la primera pregunta respondí con la sílaba ka (ca). Y, siguiendo las leyes de las otras consonantes, respondí a la segunda ke. Mi madre me corrigió, y ese día finalizaba un estilo de vida, y pronto un año escolar.

Al día siguiente fuimos a hablar con la maestra porque Dayán sabía leer. Fuimos a buscar una solución porque todos sabían que mi estar en preescolar no sólo me atrasaba un año, sino que a su vez era peligroso para los compañeros de clase. No tuvieron otra opción que pasarme al primer grado, junto a mi prima, la muy sobresaliente.

Pero Ivet nunca fue la enemiga. Al contrario, en los primeros días fue mi aliado para combatir el nerviosismo y la pena que reinaba en mí. Es más, gracias a ella pude sobresalir yo también. Ivet fue mi transición, mi sostén ante una aula nueva, una maestra distinta, y unos compañeros diferentes. Fue todo lo inesperado, pues en vez de pelear conmigo, de hacerme competencia, me guiaba y me ayudaba.

Cuando íbamos a almorzar no me perdía de vista, ni mucho menos me dejaba solo. En la siesta que tomábamos de la una a las tres de la tarde, era ella la que me despertaba, la que me apuraba y la que me acostumbraba al nuevo sistema escolar. En la casa, solíamos hacer la tarea juntos con mi tío. Junto a ella, aprendí muchas de las cosas de la escuela y de la vida. Era Ivet quien me defendía dentro del salón de clases, quien sabía que yo era penoso y quien me ayudó a combatir aquella limitación. Fue aquella niña de apenas seis años la que se portó tan madura conmigo durante esos tres meses en los que terminaba primer grado. La misma que nunca cambió su carácter ni su forma de ser durante los años que seguían posteriormente, aunque fuera eso lo más difícil entre primos. Porque aunque todavía seguíamos peleándonos, aunque

todavía discutíamos lo indiscutible, a ella le debo en parte el empezar de mi vida escolar. De eso, desafortunadamente, me di cuenta muchos años después.

En la clase nos sentábamos juntos. Con propósito de enseñarnos a escribir, la maestra nos daba una pequeña bolsa que contenía unos cuadritos de cartón con las letras del abecedario. A la misma vez, la bolsa tenía como una pizarrita en la que se podían colocar las letras para deletrear una palabra. Esa pizarrita tenía una tira de *nylon* para aguantar los cuadritos. De esa forma, la maestra nos daba una palabra fácil y era nuestro deber deletrearla a nuestra mejor capacidad. Mi prima, que ya tenía más experiencia que yo, me ayudaba, especialmente reconociendo las letras. Días después, pude enseñarle a la persona que me hizo trampa con la pronunciación de la c y la e, mi primera palabra. Gastando toda una hoja de papel, material escaso del momento, escribí con letras mayúsculas que medían la altura de un renglón una palabra muy bien escogida, la palabra "español". Me pasé más de diez minutos tratando de buscar la palabra perfecta, y el nombre de un idioma tan bello como el Español, era perfecto. No es para menos, porque no sólo contiene la letra que caracteriza el idioma: la eñe, sino que también simbolizaba lo que fue para mí, en ese momento, algo verdaderamente maravilloso como era el saber escribir. Significaba, sobre todo, que mi prima no se me adelantaba, sino al contrario, la carrera entre dos muchachos contemporáneos apenas comenzaba.

De aquellos tiempos en que cazaba lagartijas y comía con cucharas recuerdo muchas aventuras que se han quedado para siempre en mí. Recuerdo aquellos tiempos en que salía a jugar bajo aquel hermoso sol de fin de semana. Recuerdo los gritos de los niños correteando por las calles. El sonido de los timbres de las bicicletas en aquel parque. Recuerdo el lento caer de las hojas que provenían de aquel árbol frondoso, el cual brindaba su amor de sombra sobre los bancos. Recuerdo el aroma puro y tierno del aire, y el olor industrial y apetitoso de la panadería. Recuerdo el sonido de la pelota cuando golpeaba la pared de mampostería, así como el sonido de un bate unido con un grito de victoria por parte de algunos de los jugadores. Recuerdo aquellas desordenadas migajas de algodón que les llamaban nubes, deslizándose a través de aquel liso cielo celeste. Recuerdo, y aún con más agrado, aquellos momentos que pasé con mi abuelo. Recuerdo aquellas noches despejadas de tormentos, oscuras como la boca de un lobo. Recuerdo ese hombre santo que siempre he conocido simple y llanamente como mi abuelo.

Lo recuerdo porque aunque la vida no ha sido muy generosa con él, quitándole parcialmente el sentido del oído, dejándolo con anteojos de hasta centímetros de grosor y con un casete dental, el corazón de aquel hombre junto con el alma de niño que posee hace que hasta los más sanos sientan envidia de él. Lo recuerdo también por las veces cuando, por razones económicas se iba la luz en Cuba (lo que era ya costumbre), agarrábamos dos sillas, y nos sentábamos a la entrada de su casa. Nunca se me han olvidado aquellas noches en las cuales, bajo la luz de la luna y las estrellas, acompañada con la de un quinqué, se disponía a contarme fábulas y cuentos de su infancia. Recuerdo ese cuento que una vez dicho, jamás se me ha borrado de la mente; ese cuento de la "Metamorfosis del picapedrero."

- Había una vez -me comenzó a contar una noche- en los campos lejanos del medio oriente un picapedrero que trabajaba día tras día sin descanso. Trabajaba picando piedras, lo que pronto llegó a detestar. Odiaba aquel hombre su trabajo porque parecía como si fuera el peor de los oficios con las peores condiciones: el constante "pric" del pico y la piedra, el quemar del sol en sus espaldas, y la angustia de no tener más compañía que sus herramientas. Entonces, un día, pasó por aquellos campos un rey. Venían antes de él decenas de soldados que estaban a su plena disposición. Su carroza estaba adornada de oro y esmeraldas, y los caballos que la llevaban marchaban erguidos, con la melena en trenzas. Ver aquel rey que pasaba tan galantemente por aquellos

campos le daba envidia al pobre picapedrero, y por la noche, le pidió a su estrella que le concidiera ser él rey también.

Así sucedió. El próximo día el picapedrero no era picapedrero, sino rey. Él también viajaba por los campos con decenas de soldados a su disposición. Él también contaba con caballos perfectamente erguidos en su trotar, adornados con oro, plata, y hasta diamantes. Él también podía decir que era poderoso y ahora, que era feliz. Pero, en realidad no lo era. Pues con su capa de lana y todos los vestidos lujosos que llevaba encima, el sol le molestaba más que nunca. Las piedras preciosas que vestía no hacían más que reflejar los rayos del sol ahogándolo. Por lo que experimentaba aquel rey, ya no picapedrero, concluyó: el sol es más poderoso que yo, ¡yo quiero ser sol!

Esa noche, le pidió a su estrella que le concediera su deseo, y así lo hizo. Y el próximo día, el rey ya no era rey, sino sol. Ahora sí que tenía poder. Tenía mandato sobre todos los hombres en la tierra, ya fuera picapedrero, rey, o los soldados a la disposición del mismo. Fuera quien fuera, el sol tenía el poder de hacerle sacar el pañuelo para secarse la frente del sudor desesperante. Así pasó muchas semanas, seguro de ser lo más poderoso que existía. O así pensó.

Pero un día, cuando brillaba con autosuficiencia, una nube se le interpuso enfrente. Ya dejaba de ser el todopoderoso, pues en los campos los reyes y los picapedreros alababan a la nube, y le daban gracias. La nube se había convertido en lo más deseado del universo y, como es de saber, esa noche el sol ya no deseaba ser sol, y le pidió a su estrella ser nube.

La historia se repitió y por muchos días fue lo más poderoso: se interponía delante del sol para que el mundo le alabase. Cuando llovía, todos se estremecían y se escondían. Los reyes consideraban su paseo arruinado, los picapedreros su trabajo interrumpido y el sol se sentía sobrepasado. En fin, cuando lloraba la nube, todos lo notaban; todos menos la montaña que ni se movía, ni se inmutaba ante los golpes de las gotas de agua. La montaña comprobó ser más poderosa que la nube por lo que el próximo día, la nube era montaña.

Ser montaña sí que lo alegraba. Estar siempre durmiendo, sin que nadie lo molestara, ni la nube con sus gotas, ni el sol con sus rayos, ni el rey con sus joyas. Vivió, pues, así contenta la montaña hasta un día en que llegó el picapedrero. "Pric, pric," picaba el labrador, y la montaña gritaba de dolor "ay, ay." El picapedrero la estaba matando, la estaba hiriendo. Ya no era tan poderosa, o por lo menos lo más poderoso, porque existía aquel trabajador. Al próximo día el picapedrero que antes era montaña fue a trabajar, y no tuvo envidia cuando el rey pasaba con sus joyas y soldados, y con sus caballos erguidos. No se sintió rebelde cuando el sol le quemaba la espalda, o cuando la nube interrumpía su trabajo. Era picapedrero, y sabía que aunque no lo pareciera, era muy, pero muy poderoso.-concluyó.

Cuentos como éste, me han enseñado mucho, y se han quedado dentro de mí, día tras día. Cuentos como éste, son los que más recuerdo. Así como recuerdo los tiempos en que mi abuelo, mis primos, mis hermanas, y yo jugábamos Cubilete. Un juego que consistía de seis dados especiales los cuales se echaban dentro de un envase en forma de jarra sin asa cubierto de piel.

Cada figura en los dados tenía su nombre y su valor. El propósito del juego era sacar la mejor combinación con esos seis dados. Pocas veces gané, pero menos aún fueron las veces que no la pasé bien. Hoy día, recuerdo el sonido de los dados al golpear el cubilete, un sonido así como el de un tambor agudo. Recuerdo el siseo del lápiz cuando se anotaban los puntos. Recuerdo los muchos gritos de desilusión cuando repentinamente mi abuelo sacaba la combinación que nadie esperaba.

También puedo recordar las tardes en las que abuelo arreglaba las cosas de la casa, mientras yo miraba con la boca semiabierta de asombro. Recuerdo cuando iba al armario de las herramientas, donde guardaba quizás docenas de las mismas, todas diferentes. Recuerdo aquellas veces que me pedía el martillo, o el destornillador grande, y cuando lo ayudaba mi primo Raydel, el genio de la electricidad (a quien yo tanto me parezco en el físico).

Recuerdo muchas veces cuando me llevaba al parque y hacíamos los mandados. En muchas ocasiones, me llevaba al frente del local donde se jugaba Dominó, en un espacio relativamente pequeño. Allí, junto a otros ancianos, hacía sus ejercicios. La persona que se prestaba para dirigir la actividad siempre era una persona joven y cariñosa. Casi siempre era una mujer, con una inmensa paciencia. Me pasaba esas horas mirando cómo hacía sus ejercicios, estirando todo su cuerpo, moviéndolo de atrás para adelante, y de vez en cuando mirándome y sonriéndome. En el fondo se oía el usual correteo de los niños jugando pelota, montando bicicleta, o sencillamente disfrutando del cálido y agradable ambiente de aquellos sábados.

Los domingos siempre fueron días de júbilo. Nos levantábamos temprano para ir a la iglesia que quedaba a once calles de distancia. Los últimos años, como me hice acólito, iba yo primero unos minutos antes. La travesía me hacía sentir como si fuera un adulto, dueño de sí. Las primeras calles eran avenidas principales, que se volvían peligrosas por el constante pasar de los carros y las bicicletas. Las aceras eran pequeñas, tanto así que dos no cabían uno al lado del otro, por lo que si alguien venía en la dirección opuesta, lo que ocurría a menudo, ya que caminar es el medio de transporte de la mayoría, había que parar, mirar por si venía un carro, y así uno se bajaba de la acera, caminaba por el contén¹ de la calle (donde estaba la zanja), y se incorporaba a la acera una vez más. Hacía esto, sólo para descubrir que segundos después habría de hacer lo mismo. Al bajar por un declive estaba el parque central. Un cuadrado en el mismo centro de la ciudad con estatuas de mártires cubanos, que tenían debajo una placa que describía su labor y aporte a la libertad. Había pequeñas matas aquí y allá, con sus bancos puestos precisamente debajo. Siempre había niños, y en ocasiones hasta un potrico o chivo, que se rentaba para que los pequeños montaran alrededor de la manzana.

Al entrar en aquella zona la vida cotidiana cambiaba por completo. Alrededor del parque estaban los únicos dos cines de la ciudad (que siempre estaban cerrados), la heladería, en la que pocas veces hubo algo de comer; aunque años antes, según mis padres, era el mejor local para divertirse. Pero la verdad es que en Cuba, todos los lugares que antes pasaban como maravillosos, en mis tiempos habían desaparecido, o por lo menos permanecían cerrados. Todo había cambiado con la excepción de la Academia de Ajedrez, donde por muchos años enriquecí mi conocimiento y donde ejercité mi habilidad para poder ganarle a mi papá al regresar a la casa.

Camino a la iglesia estaba la calle José Martí, donde vive mi tía Hilda. Después de la misa, mis primos, hermanos y yo nos íbamos allá y nos divertíamos con algo nuevo cada domingo. Cuando pintábamos, tía ponía los dibujos bajo el cristal de la mesa de la sala. Nos encantaba sentarnos en aquella sala tan amplia mirando la película de muñequitos. Nos fascinaba contar el puñado de relojes que adornaba cada rincón de su casa. Nos contaba cada día de cuando solía tener noventa y nueve cotorras y un perro, allá en los

¹ Esquina de la calle

años lejanos, mucho antes de que ninguno de mis hermanas y primos nacieran.

La iglesia estaba enclavada en el mismo límite con la bahía de la ciudad. Allí, cada día, centenares de cubanos montaban la lanchita, la cual se convirtió en lo esencial para los reglanos, ya que la mayoría de los negocios quedaban al atravesar el mar, en una ciudad llamada la Habana Vieja.

La iglesia no era la más grande, aunque sí era bastante amplia. Había cuatro secciones de asientos, más dos espacios reservados: a la izquierda para el ventilador gigante que refrescaba a los feligreses, y para las velas, y a la derecha para el coro. Había también un balcón que daba a las campanas, pero éstas, así como el balcón, solo se usaban en ocasiones muy solemnes e importantes. Después de la misa había catecismo. Una manada de niños correteaba por los patios de la iglesia, jugando primero con los aparatos casi rotos, para luego prepararse para las clases. Había catecúmenos de todas las edades, desde los más pequeños como nosotros, hasta los adultos como mis padres. Todos ejercitaban de una forma u otra su fe, lo que era causa de alegría.

Pero la verdadera razón por la cual los domingos fueron días de tanto júbilo, consistía en llegar a casa de mis abuelos. Allí, mi abuela preparaba los mejores arroces con fideos, cuyo nombre tan sólo me hace la boca agua. Los domingos la familia entera se reunía, los adultos en una mesa y los niños (mi prima y yo) en la otra. Rezábamos una oración los doce y comenzábamos a comer con gusto. Los domingos se abrían los refrescos como Coca-Cola, que en Cuba eran (y son) un lujo, y que nosotros nos lo dábamos una vez a la semana.

Mi abuela siempre ha estado a cargo de todo lo que pasa por la casa de mi tía, la de mi mamá y por supuesto la de ella. Todo asunto que llegase a la casa lo conocía. Tal era su soberanía que el nombre que llamaban a la puerta todos los días, ya fuese el vecino del frente o el dueño de la bodega, era Sara: ¡Sara!, ¡Sara!. Muchas veces, como ya se convertía en rutina, los seis nietos empezaban a imitar a aquellas personas que gritaban en la puerta cada media hora el mismo nombre; esos juegos muchas veces la irritaban, pero si eran de buena gana, no tenía mas remedio que reírse.

Cuando llegaba de la escuela, como ninguno de los cuatro mayores estaba presente, nos daba a Ivet y a mi una galletica. Las mejores golosinas que he probado en toda mi vida fueron las que comí allí. Tan ricas eran, que mi abuela se veía obligada a esconderlas, para que dieran abasto por un largo tiempo. Tan ricas eran, que muchas veces desaparecieron misteriosamente un paquete o mitad de uno, según el hambre de los "ratones". Ni en los Estados Unidos he tenido el gusto de saborear algo tan apetitoso y que colmara como lo hacían ellas, todas mis ansias de comer. Luego aprendí, que en ese pequeño sacrificio que era darnos aquellas galleticas, las que eran como un lujo para nosotros, había un poquito de mi abuela, un poquito de su amor, de su bondad y su cariño.

De una manera u otra, mi papá lograba el permiso para venir a los Estados Unidos a visitar a su madre que se encontraba en una situación crítica. Sus estancias no eran más de seis meses, los cuales para un niño de cinco y seis años de edad como yo, despistado de los acontecimientos de la familia, no eran tan largo tiempo. En realidad, como todo niño, me alegraba, ya fuera porque así escondía mis verdaderos sentimientos, o porque sabía, egoístamente, que al venir traía consigo regalos para todos. Pero estas alegrías acompañadas quizás por tristeza, sucedieron tan sólo tres veces. Las visitas, ya casi anuales, sin embargo, habrían de terminar sorpresivamente en su tercera visita en el año mil novecientos noventa y tres.

Todo los trámites iban en buen camino, tal como los años anteriores. Nadie esperaba nada fuera de lo común. Pero cuando montaba en el avión que lo iba a traer a visitar a su madre en el hospital, el gobierno lo amenazó con que si regresaba lo encarcelaban. No sé si esto enloqueció su mente durante el viaje de casi una hora como es el de Cuba a los Estados Unidos, pero es aquello que debería pasar por aquel cerebro preocupado: o regresaba a Cuba después de su visita, y tomaba el riesgo que lo tomaran preso empeorando así la situación de la familia en un país tan pobre; o se quedaba definitivamente en los Estados Unidos, en una vida fácil, pero desafortunadamente sin su familia.

La noticia de que se quedaba en los Estados Unidos vino como un puñal al corazón de mi mamá y mis hermanas. Yo, aunque sabía lo que estaba sucediendo, me llené (o me llenaron) de esperanza que lo volvería a ver, tarde o temprano, aunque aquellos que empeñaron la labor de convencerme temían la posibilidad de estar mintiendo.

Dos años y nueve meses (y diez días y ocho horas) fueron aquellos que pasé en la ausencia de mi padre. Cada mes trataba de comunicarse con nosotros por teléfono y nos contaba de sus esfuerzos para traernos a los Estados Unidos. Nosotros entendíamos la razón por la cual no pudo regresar, nosotros hasta sospechábamos de algo parecido, y nos aguantábamos a la posibilidad de algún día reunirnos con él. Nos mandaba cartas y nosotros le contestábamos. Mi mamá escribía cartas casi libros o folletos de hasta veinte páginas. Mi hermana mayor le mandaba pinturas y escritos. Mi hermana menor le mandaba noticias de la casa y de la escuela; mientras yo le mandaba cartas de no más de dos páginas escritas con un desorden total como era mi caligrafía. Hoy mi papá me cuenta que esas cartas mías le encantaban. Aunque

fuera un martirio el tan sólo tratar de leerlas, aquellas cartas estaban marcadas con la inocencia e ignorancia de un niño de tan sólo siete años.

Pues así fue nuestra relación por tan largo tiempo. Cada día, cada noche, rezábamos por la noticia de podernos ver cara a cara, de poder reunirnos una vez más. Un año hasta negué ser vicepresidente del estudiantado, porque estaba seguro que ese era el último año lejos de la presencia de mi padre, y no quería dejar un hueco en la escuela. En síntesis, cada día vivíamos con el nudo en la garganta, con la emoción y a su vez el temor de no saber cuándo, ni cómo nos íbamos a sentar en la misma mesa, y dormir bajo el mismo techo. Lo único que en verdad hacíamos juntos, mi padre, madre, mis hermanas y yo, era soñar el mismo sueño, añorar el mismo momento, y desear decirnos palabras que no se pueden decir en ninguna carta por muy larga que sea, ni menos que menos por un teléfono.

Pero de todas formas, no hay mal que por bien no venga, ni hay mal que dure cien años. En septiembre del año mil novecientos noventa y cinco, nos dieron la noticia que estábamos a un paso más cerca de realizar nuestros anhelos. Los seis meses que siguieron, había un correteo y una emoción constante por toda la casa. Mi mamá se la pasaba mandando cartas y esperando respuestas. Mi papá desde los Estados Unidos nos llamaba y nos contaba de cómo iban las cosas por allá. Mis hermanas se preparaban física y mentalmente para lo que iba a suceder, mientras yo hacía de cada día una experiencia nueva, sin darme cuenta de que el momento importante podría llegar antes de lo que ninguno de nosotros pensaba.

Después de llenar centenares de solicitudes y formularios, de sobrevivir una inspección masiva por parte del gobierno cubano, la embajada estadounidense nos citó para una entrevista a la cual debíamos ir bien vestidos, y con confianza. Para tal entrevista, que se llevó a cabo el cuatro de marzo a las once de la mañana de un lunes del mil novecientos noventa y seis, mi padre escribió una décima la cual llegó a nuestras manos gracias a unos amigos. La décima decía así:

Pido a Dios Omnipotente
que no les sea falso,
y que en este cuatro de marzo
los tenga siempre presente.
Y a mi hermanito valiente
que por mí ha sufrido tanto,
¡Oh Cristo por tí es mi canto!
Te canto con alegría.
La respuesta de este día
la da el Espíritu Santo.

Pues la respuesta del día fue un sí.

Una inmensa alegría entró en mí, pensando que la misma era la que experimentaban mi madre y mis hermanas. Pero así no era. Como el niño inocente que era, ignoré su actitud, y cegado por la emoción de poder reunirme

con mi padre seguí los días que faltaban, que no eran mas de un mes y medio, en un estado de emoción y ansiedad. A la vez, mis hermanas pasaron esos días tratándose en paz, lo que siempre fue extraño (y aún lo es), y tratando de no discutir con mis primos o sus amigos. Estaban en un estado de nostalgia. Mi madre, por último, estaba acongojada, obviamente llena de tristeza, y no supe la causa ni el por qué la lamentación de todos ellos en el momento que por fin íbamos a ver a mi papá. Las respuestas a preguntas como esas no las pude encontrar hasta un mes después y una semana antes de mi partida, donde yo también recibí una dosis de tristeza y nostalgia, cuando era mi turno de decir adiós.

Esa semana empecé por dejar de asistir a la escuela, que me dejó algo incómodo: faltar al colegio, a la institución que acudí casi toda mi vida, el lugar donde tantas cosas bellas y tantas experiencias increíbles habían sucedido. Decirle adiós a los maestros fue todo un dilema, y decirle adiós a los compañeros de clase fue hasta más difícil. El saber que probablemente no los iba a ver nunca más me molestaba la conciencia. Pero la herida tan sólo comenzaba a abrirse con esas despedidas, luego vinieron las más difíciles, las de la familia como tal.

Los últimos días fueron de un apuro descomunal. Todo tipo de gente y conocidos venían desde hasta otras provincias y ciudades para despedirse de nosotros, aunque en realidad su primera intención fue el darnos unas cartas u otras cosas para traer a los Estados Unidos. Pocos, pero suficientes, fueron aquellos verdaderos amigos, cuyos nombres no he de decir (pero ellos saben muy bien quiénes son) que vinieron a despedirse de verdad; sin hipocresías, porque un llanto y un suspiro casi eterno no se pueden falsificar, por muy buen actor, o por muy buen hipócrita. Los primeros días empezaron a venir aquellas gentes que no tenían ningún compromiso, y que venían antes para así no tener que ser parte de conversaciones largas y de salas repletas de gente muy cerca de la familia que tal vez ellos ni conocieron. Pero los últimos días vinieron aquellas personas, que siempre se comportaron tan bien con nosotros, sin egoísmos ni barreras, y en todo momento que hizo falta, aunque tan sólo necesitáramos una mano de un amigo o una palabra cálida y sabia, podíamos contar con ellos incondicionalmente. Vienen de último, porque no quieren despedirse, no quieren decir adiós, pero saben que tarde o temprano, como a lo mejor habían predicho años antes, había que decir hasta luego, o dejar atrás, como se debería prevenir de hacer bajo sol, lluvia y sereno, una amistad de tantos años y tan allegada como la de esas personas y mi familia.

Recuerdo la tarde anterior cuando llegó a despedirse el que fue como un padre para mí, un hombre tan dulce, tan sencillo, y tan humilde de corazón y alma que páginas me faltarían tan sólo para describirlo. Fui, y aún soy, su Macho Pérez, y aunque ya tenía dos hijas, una de tan sólo tres años de edad, obra plana del Espíritu Santo, me trató como hijo suyo. Aquel día, lloré más que nunca, escondiendo mis lágrimas bajo sonrisas falsas. Su último abrazo me dejó una herida. En ese momento, apretando el cuerpo con el de él, un niño de apenas ocho años, despistado de tantas cosas, pero bendecido con tantas otras como aquel hombre, un llanto de recuerdos derramó.

La noche de víspera dormimos todos confundidos, sin saber lo que iba a suceder. Lo último que pasaba por nuestra mente era algún posible accidente con el avión, pero sin embargo, nos preocupaba la horrible posibilidad que todas las despedidas habían sido para siempre. En la mañana todos despertamos inseguros de nosotros mismos, con una inmensa barrera y un inmenso peso sobre nuestros hombros. ¿Por qué no era el momento de felicidad que todos esperábamos? Me pregunté. Todos estábamos cabizbajos, con ganas de llevar nuestros más profundos sentimientos, aquellos de lástima y de arrepentimiento, a la luz. Saboreé cada pedazo de ese último pan cubano, y cada gota de la leche del almuerzo. Sabía que aunque quizás llegara a probar mejor leche y más sabroso pan en los Estados Unidos, nunca hubiera sido el mismo sabor ni el mismo cariño al saber que ese pan y esa leche fueron hechos por mi familia y por otros cubanos. Había un silencio solemne por toda la casa cuando de pronto dos carros frenaron a la puerta de nuestro hogar, nuestro dulce hogar. Con nosotros iban al aeropuerto mi tía, mis primos, mi padrino que manejaba el vehículo, y nosotros. Pero significaba que era el momento que tanto trataba de prevenir, el momento de decirle adiós a las personas que tanto me han enseñado en el transcurso del tiempo. Trataba de esconder la envidia que por alguna razón me causaba el hecho de que mis primos se quedaban en Cuba, a despertar cada día en la presencia de las personas que más paz traían a mi mundo. Los últimos abrazos y besos al montar el carro, no me dejaron otra opción que, al ver las caras de miedo de mis abuelos, sentir yo también temor de lo que por fin estaba sucediendo.

El viaje al aeropuerto no pudo ser más doloroso. Por primera vez, al mirar por la ventana, no veía solamente las aves besando los árboles, ni el rocío bañando las hojas de las palmas, ni los animales dorándose bajo el natural y puro sol, ni los pequeños insectos y mariposas disfrutando sin prejuicios del aire de primavera, al contrario, veía animales conversando en familia, veía en vez de rocío lágrimas que no habían de secarse, no veía animales y palmas, sino animales y palmas cubanas desde sus raíces, ancestros de tradiciones que por diez años pude disfrutar. Me sentía como se sentiría un pez si le quitaran todos los océanos del mundo, como se sentiría una abeja si le quitaran las flores, como si le quitaran a un niño su madre. Los ojos se me llenaban de llanto mientras miraba a lo lejos un terreno inmenso, y unos pájaros que salían y llegaban simultáneamente, que al contrario de los pájaros libres, me llevaban a lo que por alguna razón se convertía en una cárcel. Cárcel a la cual meses antes añoraba entrar, pero que ahora me daba cuenta de lo que en verdad significaba.

El aeropuerto era lugar de juegos años antes. Entrar en unos de los pocos lugares en Cuba con aire acondicionado y con puerta corredizas, aunque fuera tan pequeño, siempre fue para todo niño una maravillosa visita a un parque infantil. Siempre había una manada de ellos entrando y saliendo del edificio, notando la diferencia del ambiente, o sólo haciendo que las puertas automáticas se abrieran y se cerraran solas. Otros subían al balcón para ver así el ocasional entrar y salir de los aviones, correteando de un rincón a otro, ya que el balcón siempre estaba completamente vacío. Así fueron las tres visitas

anteriores al aeropuerto a despedir a mi papá para niños como yo. Pero esta vez no era así. Los adultos se sentaban en los pocos asientos desocupados, mientras los más jóvenes se quedaban de pie o arrodillados. Todos sabían lo que estaba sucediendo, incluso mi prima y yo. Aunque fuéramos niños teóricamente sin preocupaciones, éramos parte del círculo de los acongojados. Las peleas que habían sucedido día tras día ya se disolvían en la distancia de nuestros recuerdos. Los momentos que discutíamos ya no eran importantes porque ya iban desapareciendo. Era momento nada más que para regocijarse en aquellos instantes que pasamos juntos, todos nosotros: aquellas Nochebuenas y Navidades en familia, aquellos sábados llenos de gozo, aquellos días escolares que jamás regresarían, todas aquellas ostentosas horas, malas o buenas, que se dejaban atrás, tal vez para nunca volver.

Entonces llamaron a todos aquellos con el mismo destino que nosotros para prepararse a abordar al avión, lo que quería decir que debíamos pasar por una cabina para asegurar que nada ilegal venía con nosotros, y que íbamos a una sala adicional donde sólo aquellos que iban a viajar eran permitidos. Quería decir, en síntesis, que era el momento final de decir adiós. Era inevitable, y a la entrada de la cabina, incontables lágrimas cristalinas rozaban nuestros cachetes. Ninguno de nosotros pudo aguantar nuestros sentimientos tan delicados, ni mis primos que debían mostrar ser hombres fuertes, ni mi madre y mi tía que debían ser modelo para los pequeños, ni mi prima, ni mis hermanas, ni yo. Trataba de tragar profundamente, para así evitar el llanto, y calmar el terrible desahogo, pero el mar de arrepentimientos que de nosotros brotaba no me lo permitía. No había caso en tratar de esconder las cosas, y con un abrazo fuerte, como nunca había sentido, nos despedimos todos. Las caras rojas de mis tíos y primos me hacían lamentar aún más. Llegué hasta pensar que viajar a los Estados Unidos no era motivo suficiente para tanto sufrimiento. Ni las promesas de llamar a diario y de contactarnos bajo sol, lluvia, o sereno eran consuelo a la tortura a que nos estábamos sometiendo. Sabíamos, pues, que promesas como esas se pierden en el tiempo, y aunque al principio las cartas llueven, luego la pluma se cansa, y nos parece tanto trabajo el tan sólo escribir las sencillas líneas prometidas. Una vez en la otra sala me di cuenta de lo que estaba perdiendo, y saltando para poder así ver sobre las otras gentes que entraban, vi lo que por tantos años fue una bendición de Dios. Agité la mano para decir adiós, aunque el corazón me decía que esas cosas no se deben decir, bajo sol, lluvia, o sereno. Cuando sus rostros se desvanecieron tras la barrera de gente, no tuve más opción que sentarme, y agachando la cabeza, lloré un discurso de lamentos.

6. LA VENIDA Y EL ENCUENTRO

Al montar el avión, me fijé en los detalles, en los pocos botones que había. Me fijé en el material de los asientos. Como estaba sentado al lado de la ventana, tal como lo había pedido, miré hacia afuera, y así como el avión comenzaba a acelerar para despegar, me fijé en el país que estaba dejando atrás, y en un murmullo dije adiós, con la certeza de que no habría regreso.

El sonido me molestaba al principio, por lo que mami me dio algo para masticar. En el camino nos trataron bastante bien. Pero sin duda alguna el mejor momento llegó al pasar por las nubes. Todos nos asomábamos para ver una de las maravillas más grandiosas de la naturaleza. Al ver la capa blanca que cubría la tierra, me sentí tan cerca de Dios como para comenzar a rezar en ese momento. Todos los distintos matices casi sin sombras me abrieron el espíritu y me pusieron en un estado de reflexión, en un estado de oración. ¡Era tan ostentoso, era tan grande portento, que si tuviera la oportunidad, me quedaría allí, contemplando las diferentes formas de aquellas migajas de algodón, que desde la tierra parecen rositas de maíz, y desde el cielo una tierra celeste, más allá de la imaginación de cualquier hombre, y más allá de la pluma de cualquier poeta! Me quedé mirando, atónito, y el sonido del avión se desaparecía tras la belleza que mis ojos observaban. Le daba gracias a Dios por tan bello monumento que puso en el cielo. Un monumento siempre diferente, y con tanta inspiración. Saber que esas nubes guardaban hermosura como la de un piano de Chopín, o un violín de Stradivarius, me hacía sentir privilegiado ante tantas gentes. Unas nubes alegres, al contrario de como me sentía minutos antes, que me hicieron sentirme yo también alegre, al saber que por fin me reunía con mi padre.

El viaje, así y todo, consistía en una parada en un tercer país: México. Teníamos que parar en Cancún, esperar unas horas, y luego montarnos en un segundo avión para llegar por fin a los Estados Unidos. Después de más de una hora sentados en la silla, contemplando la belleza, comenzábamos a aterrizar y pude ver en ese momento la hermosura de la tierra. El color verde de los árboles desde más de doscientos metros de altura. Era una vista encantadora, que poco a poco me enamoraba. A medida que descendíamos llegábamos más cerca a la civilización, y pude ver el constante pasar de los carros por las carreteras de un país avanzado, mucho más avanzado, donde los carros eran como las bicicletas de Cuba, o como la gente caminando por las calles; en Cancún calles amplias, llanas, en Cuba callejones llenos de baches, prácticamente malo para todo tipo de transporte. Acelerábamos más y más a

¡Qué alegría me causaba aquel encuentro! Por fin, todos los esfuerzos ya se hicieron realidad. Fue ese un momento tan alegre que incontables poemas se pudieran escribir, aunque tal vez no pudieran dar a entender adecuadamente el sentimiento y la verdadera satisfacción. El tiempo debiera haberse parado, para poder así disfrutar el momento más aún. Luego fuimos a casa de mis abuelos que no pudieron venir a recogernos, y aunque me sentí en un ambiente extraño, muy extraño, aunque todo me confundía, pues no sabía ni me daba cuenta de quién era, ni dónde estaba. Llamamos en ese instante a la familia en Cuba, lo que, el tan sólo prepararme para hablar con la abuela y el abuelo, me causó llorar junto con mis hermanas. Sin embargo, aprendí que nunca se puede dejar a la familia atrás, que hay que rezar siempre para nunca olvidar, porque ese es el tesoro que nos aguanta en los momentos más dolorosos de nuestras vidas, en los caminos más largos que tengamos.

Aquella noche, como antes de la despedida, no pude dormir, pensaba para mí mismo la maravilla de estar en los Estados Unidos, cuyo nombre tan sólo para los oídos de cualquier cubano, es signo de libertad y riqueza. Pensaba, pues, que con ese tan grande reencuentro comenzaba una vida nueva, que nunca volvería a ser como antes era.

7.

EN LOS ESTADOS UNIDOS

¿Debo explicar que, como tantas y tantas familias cubanas, la mía también sufrió el látigo del exilio? Creo que no.

En mil novecientos noventa y seis, gracias a la bondad de Dios y a la gestión de mi padre, volé con mi mamá y mis hermanas a tierra de libertad y tal vez el aire fresco de la independencia hizo que se desataran mis deseos escondidos de expresarme en un lenguaje escrito, tanto en prosa como en verso. Lo que en Cuba eran tres o cuatro poemas casi de "herencia obligada" de mi papá y mis abuelos, aquí han florecido en una no muy vasta pero sí, juzgo yo, interesante y diversa colección. Entre los poemas que he escrito aquí se encuentran "Si pudiera", "Mi nombre", y "La vida"; así como aquellos inspirados por Dios, como son "La vida en Dios", "Gracias Señor", y "La naturaleza", entre otros. Con orgullo les cuento que mi poemario reúne obras en español, pero he incursionado también en el inglés y los resultados son halagadores según expresiones de algunas nobles personas que me han hecho el honor de leerlos.

El sistema de enseñanza en Cuba es diferente al de este país. Por esa razón, aunque ya yo cursaba el quinto grado de la escuela primaria (de un total de seis) al llegar a mi primera escuela en los Estados Unidos me aconsejaron (hoy sé que con muy buen tino, pero en ese momento sentí que se me unían el cielo y la tierra) que debía cursar otra vez el quinto grado (que ya terminaba, pues corría el mes de abril) ya que era muy pequeño en edad, idioma y experiencia americana para comenzar en la escuela media. Fue esto como un trauma para mí, pues para aquel niño acostumbrado al sistema de Cuba, el hecho que me pusieran en cuarto significaba mucho más que solamente perder un año escolar: significaba que mi prima Ivette se adelantaba.

Pues tuve que hacer un esfuerzo y sobreponerme, sobre todo con el pensamiento de que "todo lo que pasa conviene" y que "Dios sabe lo que hace". ¡Claro! Siempre me queda la coyuntura de que la enseñanza media en Cuba termina en noveno grado y como aquí lo hacemos en el octavo, ya estoy parejo con mi siempre querida y recordada Ivette: los dos comenzamos en breve la enseñanza superior.

Es verdaderamente hermoso recordar mis días de estudiante novel en primaria, el reto que significaba para mí el salir pronto de ESOL (lo logré en medio año), el acicate tremendo que representaba para mí el poder alcanzar clases de honores en la mayoría de las que yo tomaba, el deseo inmenso de hacerme un estudiante integral que no sólo supiera de Historia y Matemáticas, sino que practicara deportes e incursionara en la música, que pudiera llevar

paralelamente el Arte y la Ciencia. Sé que me falta un largo trecho, pero, al mirar atrás, siento que he cumplido bien la obra de esta vida que me ha regalado El Señor y que con Su ayuda, Su amor y Su infinita misericordia quisiera seguir cumpliendo para orgullo de mis padres y satisfacción propia, pues, créanme, no sólo quiero ser útil, honesto y cabal para mí y mi futura familia, sino también para sostener con ternura a quienes han dado y siguen dando con tremendo amor, sin pedir nada a cambio, sus sueños y sus energías por mí, para mi salud física y mental: ya sé que saben que me refiero a mis padres, pero tal vez no tengan en mente a mis hermanas a las que también debo una buena parte de lo que soy hasta hoy en mis cortos y a veces apretados catorce años.

En fin, mi experiencia en los Estados Unidos ha dado como fruto a un nuevo ser en mí, inspirándome a escribir sobre sentimientos y aventuras en forma de poemas y composiciones. Los resultados de tanto trabajo están en forma de poemario, el que está compuesto de poemas en ambos idiomas: Español e Inglés. Según transcurría el tiempo en el nuevo país, incrementaba mi capacidad para escribir, así como la motivación para hacerlo.

Estos son mis poemas, que son como un resumen de mi vida, que demuestran en cada línea, en cada verso, lo que es un éxito no solo mío sino de mi familia, el privilegio de mi vida.

Feliz Cumpleaños

El sol sale hoy;
alegre, en Abril
deseándole a Heidi
un día feliz.

La gente la mira:
obesa pero bella
sus ojos cual tábano
brillan y no cesan.

Y antes del final del día
que fue muy añorado,
le deseamos a Heidi
¡Un Feliz Cumpleaños!